

ble y tu hijo primogénito/ (por supuesto menos venerable) te rinden/ –y no es broma– su más fiel homenaje». La ironía con la que nos distancia de sus experiencias familiares da a algunos poemas un tono de resentimiento que marcó a toda una generación. Y pienso que ése es el logro mayor, saber transmitir el desencanto de una vida en la que apenas sólo tiene sentido la vivencia literaria de la existencia. De esta manera pasamos a otro de los temas recurrentes del autor madrileño: los poemas históricos que abundan también en todo el poemario y desde donde quizás el autor se distancie más de su yo para ofrecer una visión en tercera persona siempre bajo una máscara literaria: «A la luz titubeante del crepúsculo,/ en el Chateau de Verrières/ André Malraux y Louise de Vilmorin/ hablaban, pausadamente, frente a una taza de té». Así pues, estas obras completas –hasta ahora– son necesarias para aquellos lectores de un poeta de tan marcada reiteración en los temas antes señalados, un maestro en el arte de reflejar el paso del tiempo para exorcizar la muerte; al fin y al cabo, quizás se trate solamente de eso, de ejercer la escritura mediante el oficio de poeta. El propio autor lo confiesa, ya en su primer libro, que se trata de un «extraño oficio».

Concha García

La estética de Paul de Man*

Estamos ante un libro fundamental, muy deseado, largamente anunciado. Los aficionados a la teoría literaria real (esa escasa fauna hodierna), y los merodeadores –entre cautelosos y devotos– de la desconstrucción están de especial enhorabuena: con la publicación de este libro se cierra un ciclo editorial, la presentación de la obra ensayística completa del crítico belga Paul de Man, quien falleció en los Estados Unidos en 1983. Con todo –es ya inevitable– al cierre de este ciclo sucederá otra vez el silencio. El problema con la obra de De Man no reside en la célebre polémica que buscó infructuosamente silenciarla. La polémica fue una mera y torpe excusa orquestada con el único fin de evitar enfrentarse a ella. El problema reside más bien en su ausencia de interlocutor (lector) posible. Están los que no quieren: los filólogos «tradicionales», los filósofos «puros», los teóricos «comprometidos», y otros blandos

* *Ideología Estética*, traducción de Manuel Asensi y Mabel Richart, Cátedra, Madrid, 1998. *Aesthetic Ideology por Paul de Man*, edición de Andrzej Warminski, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.

custodios de la bondad y la corrección. Están los que no pueden: incluye a casi todos los anteriores, y abarca asimismo a esa flácida y premoderna postmodernidad, cuya manifestación más conspicua es la pereza académica. Y no hablo de *pensiero debole*, sino de *(im)pensiero forte e dominante*. Hay, lo dijo claramente De Man en 1982, una vehemente resistencia a la teoría, un rechazo a la teoría, entendida ésta como «teoría crítica» (o sea, en el sentido germánico de lectura minuciosa de sistemas filosóficos cerrados) y como «teoría literaria» (o sea, en el sentido de una delación de las mistificaciones y represiones conceptuales sobre las que se apoya la historia literaria). El presente libro, compuesto de ensayos y conferencias redactados casi todos entre 1981 y 1983, podría fácilmente haberse titulado «A Yielding to Theory». Y es innegable que pocos están dispuestos a hacer suya dicha entrega o rendición, una selecta minoría que el propio De Man se encarga de seleccionar, como cuando habla, en su espléndida conferencia sobre el concepto de ironía, de la «sheer circulation or play of the signifier, and which is, *as you know*, the root of error, madness, stupidity, and all other evil» (p. 181). En rigor, sólo quienes estén dispuestos a admitir que la materialidad contingente del significante provoca una aberración retórica indomesticable, que es contemporáneamente la fuente y el sumidero

de la significación –filosófica y literaria–, sólo quienes hayan aprendido y aceptado la lección derrideana sobre la *babelización* incontrolada de una escritura que, pese a la inevitable función referencial, remite sólo a sí misma, sólo ellos estarán en posición de tirar la escalera –more wittgensteniano– y comenzar a pasear por la azotea. Y allí arriba corre el aire fresco que se requiere para estar despejados y captar la moraleja: todo texto filosófico empeñado en la fundamentación de un sistema cuyos conceptos centrales pugnan por escapar a dicho sistema están condenados a la contradicción y a la aporía. Los dos ensayos dedicados a Kant reposan sobre un diagnóstico de Foucault en *Les mots et les choses*, quien explicara la modernidad kantiana como «le retrait du savoir et de la pensée hors de l'espace de la représentation». El empeño simétrico de De Man será demostrar que dicha huida o retirada no es posible. Así, en el ámbito de la fundamentación filosófica del concepto de «sublime» –episodio crucial de nuestra modernidad y base de la teoría literaria romántica y necesariamente contemporánea– se produce una remisión inexorable a ese preciso materialismo que lo sublime –en tanto construcción trascendental– trata necesariamente de reprimir. Y la razón es muy simple: la argumentación kantiana y hegeliana, esto es, el texto que pretende dicha fundamentación, se construye co-

mo una dialéctica conceptual que –bien analizada (y es aquí donde De Man se arriesga)– no es sino la dialéctica interna del lenguaje en tanto que sistema de tropos. De Man se limita a aplicar la lección nietzscheana (todo lenguaje es retórica), pero en lugar de mirar al discurso «metafísico», como hiciera Nietzsche, dirige su mirada rigurosa al discurso «trascendental». El crítico belga entiende sus lecturas atentas como ejercicios de *Sprachkritik*, como hiciera Wittgenstein, pero –a diferencia del filósofo austriaco y a diferencia de Carnap– sus ejercicios no pretenden tanto una superación de la metafísica (*Überwindung der Metaphysik*) cuanto una superación de la filosofía trascendental, con origen en Kant. Y, huelga decirlo, dicha superación no se lleva a cabo a través de un análisis lógico, sino de un análisis retórico del lenguaje. Ya sea Kant pugnando por distinguir entre lo bello y lo sublime, Hegel intentando distinguir entre signo y símbolo, o Fichte tratando de fijar conceptualmente el ámbito del sujeto frente su obliteración en el no-yo, en cualquier caso estamos siempre frente a una mascarada conceptual que se yergue –al tiempo que intenta reprimir– sobre una precisa estructura retórica, un sistema contingente y arbitrario que reinscribe toda aparente elevación trascendental en una precisa materialidad: la fundamentación del sistema no escapa al sistema. Y ése es el último fracaso del discurso tras-

cedental y/o del discurso sobre lo estético: su tendencia a convertirse en una alegoría extraviada de su propia imposibilidad, en una narrativa aberrante y últimamente ilegible. Los espléndidos ensayos de De Man que encierra este volumen se presentan, en rigor, como actos de legibilidad extrema: pretender detectar el origen de una negatividad semántica al tiempo que ofrecen un diagnóstico preciso. Podrá discutirse la pertinencia del diagnóstico (la íntima constitución retórica de la dialéctica filosófica, la imposibilidad de generar conceptos que escapen al ámbito contingente y material de lo tropológico). Lo que no puede discutirse es la lucidez en la detección del problema. Los textos de Pascal, de Kant, de Hegel, de Friedrich Schlegel, de Fichte, chirrían en determinados lugares. La renuencia a escuchar dicha estridencia se traduce en una cómoda aceptación de la ideología estética romántica (matriz histórica de tantas ideologías críticas imperantes, desde el marxismo hasta la teoría de la recepción), lo cual, en el ámbito de la filología, supone una simplificación atroz del concepto de texto literario. De Man se lamenta con ironía de la mala reputación (*bad name*) de la teoría literaria que él propone y defiende. Limpiar ese nombre pasa, para el belga, por la restitución de la complejidad esencial del discurso filosófico que pretende fundamentar lo estético. Y devolver complejidad no

es —claro está— una acción popular. Pero al menos le asiste el mérito de una incurable y fértil ironía. Así, una de las mayores satisfacciones que depara este libro es comprobar cómo De Man describe su propia estrategia de lector como un ejercicio de ironía constante: el lector escucha las negaciones radicales que el propio texto emite, negaciones que al destruir el texto, nos alertan sobre ese lugar absoluto (el sublime puro, la referencia pura) hacia el cual ese texto se dirige. Hay que agradecer al editor, Andrzej Warminski, la feliz culminación de este proyecto editorial, anunciado ya desde 1986, aunque íntimamente proyectado por De Man desde 1983 con el título *Aesthetic, Rhetoric, Ideology*. Nos encontramos con textos centrales ya conocidos, como su ensayo sobre la epistemología de la metáfora, y con otros, como el dedicado a Kant y Schiller o el dedicado al concepto de ironía, nuevos y de un interés innegable. Hay que agradecer asimismo a los traductores al castellano su valiosísimo esfuerzo de transcripción de una obra nada fácil. En verdad, Manuel Asensi lleva ya bastantes años empeñado, con rigor y valentía, en perforar equívocos silencios y divulgar las ideas necesarias para que esta transcripción pueda llevarse a efecto y encontrar sus lectores.

Julián Jiménez Heffernan

Reescrito, corregido, repensado

La pasión por la reescritura, que es también la de la relectura, ha llevado a Juan José Sebreli (Buenos Aires, 1930) a producir un nuevo libro recopilatorio de sus ensayos¹. Sebreli, a quien el público español ya conoce a través de su exitoso *El asedio a la modernidad* (Barcelona, Ariel, 1992), reúne en este volumen trabajos escritos a lo largo de casi cincuenta años de labor intelectual.

La andadura de este pensador argentino en parte refleja y en parte refracta la trayectoria del país en el cual siempre ha vivido. La refleja porque Sebreli es un pensador hecho a sí mismo fuera casi de los ámbitos académicos, en un país donde las estructuras universitarias han ido precarizándose crecientemente, donde el desdén por la cultura es una constante desde los años 30, al calor de un desgaste lento pero imparable del sentido de lo público. Sin proponérselo, este proceso ha impedido la completa sustitución del intelectual por el académico, por el investigador especiali-

¹ Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades (1950-1997), *Juan José Sebreli, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, 572 págs.*